

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector.

Debo empezar la presente dándote disculpas por no haberte escrito en el número próximo pasado de nuestra Revista. Imposibilitado por quebrantamientos de salud te manumití, querido amigo, de inferirte una más de estas cartas cuya misión no siempre precisa, acuden, como se dice, presurosas a tus manos debido a la ejemplar regularidad de nuestra Revista.

Hoy, producto de los progresos de la medicina moderna, puedo escribirte, así sea en contados renglones, unas palabras en torno a diversos acontecimientos que han conmovido al mundo; en manera intensa, al mundo del pensamiento.

Así, postergadas mis dolencias, me asomo con curiosidad a los hechos recientes y no puedo menos que lamentar contigo la desaparición de la faz del mundo de Jorge Luis Borges, a quien don José de la Colina no ha llamado clásico de la lengua, sino nada menos que moderno Siglo de Oro de nuestra literatura. Lo dijo después de afirmar lo mismo de Rubén Darío, y no sé si después de citar a don Alfonso Reyes y a don Pedro Henríquez Ureña, cuyo centenario dora la memoria de todos quienes miran en el estudio la lámpara de Menéndez Pidal y la página de Marcel Bataillon por caso.

Con la desaparición terrenal de Borges caminamos la vereda que lleva a comprender una vez más que nosotros, muchos, muchísimos de nosotros, no sabemos nada. Situados a la vera de la información creemos que nuestra pizca de azafrán servirá para colorear la mucha agua que da la vanidad, y no es así, porque la muestra el ejemplo, la vastísima sabiduría de Borges; éste enseña que con el azafrán que nos es propio no damos color ni siquiera a una dedalada de agua. ¿No lo crees tú así? En caso de que la duda te asalte te convido a releer, vaya de ejemplificación, el relato titulado “En busca de Averroes.” Hazlo y pronto has de verte sorprendido por la enorme capacidad reconstructiva de épocas que posee Borges. Los diálogos fluyen como el agua de las termas en la Córdoba de los califas sabios mientras el arduo Aristóteles proporciona temas sobre lógica precursora del cálculo matemático, y mientras, asimismo, merced a apólogos muslines uno de los presentes bordea qué pueden ser la tragedia y la comedia, según reza lo conducente en la Poética, libro llamado desde siempre a regular las emociones del hombre con las fórmulas euclidianas.

Y claro, a Borges solamente puede leerse con ánimo de hallársela los defectos comunes en escritores que se hacen odiosos al común debido a la fama (siempre justa) que cosechan en sus pasos por la experiencia literaria. La fama siempre es abominable. Pero lo malo en Borges es ser impecable; por el lado que desees verle y lo hagas, amigo queridísimo, no le hallas defecto, aspereza, proclividad a la solemne tontería como ocurre en tantos otros escritores que, al igual que Ortega y Gasset, y que sus parciales me perdonen, no se daba abasto en tropezar con infidelidades a la temperanza y con el respeto a personas como Alfonso Reyes, a quien se permitió desdeñar después de sentirse él mismo “ninguneado” por Henry Bergson.

Borges ni siquiera peca de impedirse ejercer el imperio de los sentidos, y de aquí imposibilitarse experimentar la hiperestesia (esa que Darío llamó divina). Si te percatas verás cómo el desfile de rosas en sus cuentos, relatos y ensayos, amén de sus poesías, son de verdad amarillas, rojas, color del tiempo durante el cual se producen a los ojos de gente que, mediante el influjo de estas galas de la naturaleza, las rosas, puede ver merced a su propio Aleph el primer día que ocurrió en el paraíso terrenal, antes de que fuera significativo vagaroso de una aspiración, de un sueño repetido una y otra vez hasta hacerse desván de la realidad, pero sin paraíso.

Y mientras ha ejercido el imperio de los sentidos, te ha informado que este enunciado, que aquella frase, que aquel párrafo contienen una hipálage o un apóstrofe, o un tropo ejecutado con desafiada maestría por los antiguos germanos al producir las kinnengards. Y ha dicho más porque se ha metido de pronto en tu existencia y tú, tan lejano al arte de convertir en ideas las emociones existenciales, te miras afrontando a no sé qué Kipling y quién sabe qué invención borgeana parecida a un señor que muchos llaman Schopenhauer.

Y así vas, el Borges ciego te resuelve en colores, te plantea en largas sumas de datos relacionados con la gama cromática después de la descomposición de la luz. Y también te hace oír el ruiseñor de Teócrito, cuyo canto solamente se escucha una vez, y si se rebasara este número, entonces debe suponerse que el beneficiario yace en la única y genuina noche en que filomela dice dónde está, qué es, la vibración poética, la primera; la de la significación en su valer, diapasón y primera nota de una melodía sin principio ni fin.

Y Borges viene y Borges va. ¿Por qué no se le habrá ocurrido todavía a ninguno de los periodistas que conocemos, queridísimo lector, entrevistar a José Luis Martínez, por ejemplo, quien en los años cuarenta, en su poblada cátedra de literatura hispanoamericana, allá en el viejo caserón de Mascarones, explicaba el fenómeno Borges, quien ya circulaba en México y preocupaba a muchos escritores y devotos lectores, v. g. Ermilo Abreu Gómez, poseedor de una biblioteca borgiana admirable?

Los centroamericanos residentes en México, sobre todo, mostraban hacia Borges una parcialidad devota. Cómo lamentamos que Ernesto Mejía Sánchez no se halle ya entre nosotros para que dijera en qué medida Borges, el poeta y el prosista, el impartido con sabiduría insuperable por Raimundo Lida en El Colegio de México, labraba gustos, taraceaba aficiones, compulsaba un nuevo lenguaje que después sería gala de Arreolas y sublinación de Augusto Monterroso, el guatemalteco quien, sin duda, ha llegado a ser uno de los mayores conocedores de un autor como Borges, siempre tan inabarcable por sus conocimientos cuantiosos.

Y casi al unósono, la tristeza adquiere también el nombre de Renato Leduc, fallecido cerca de los heroicos e inquietos noventa años. Juntamente con el periodista y maestro universitario José Alvarado, Juan de la Cabada (el que esperemos nos dure muchos años más), Efraín Huerta, Diego Rivera, Pepe Revueltas, Ermilo Abreu Gómez y uno o dos agonistas más enraizados en el paisaje mexicano; juntamente decíamos a dichos personajes, Renato Leduc llenó los vacíos que la Revolución había dejado ociosos. Actor y testigo del hecho armado, de las andanzas de sus líderes, fantasmas, reencarnaciones y trasgos, Renato Leduc siempre estuvo al frente de las miradas públicas. Viajaba con frecuencia hacia las composiciones poéticas (él no las llamaba poesía) mediante las cuales cegaba la nostalgia de los tiempos idos con luces de fulgente buen humor.

Casi desconoció el silencio, charlaba con tesón ciudadano, ilaba palabras y más palabras en torno a figuras desvahídas de momentos revolucionarios igualmente desvahídos. Reía como torturando el tarahumara que lo acompañaba por dentro. Reía mostrando los cinco sentidos de una dentadura bien conservada, dedicada a sus amigos, a sus amigas, a las estrellas de la farándula que se asían de su brazo al ocupar su barrera de Sol en los toros, siempre expuesto a las miradas de enterados y villamelones. Frente al cornúpeta, barrera de por medio, topó su mirada con la de José Bergamín, histólogo (¿qué es un histólogo?), ministro de palabras solamente entendidas por teologistas cuya salvación se halla en un natural prodigado con temple y honor de muñeca sabia. También topó con Manolo Altolaguirre con Alí Chumacero quien, se dice, nació en un tendido de sol un día en que Dios estaba de buen humor. Y por ahí distinguió a Agustín Yáñez, Andrés Henestrosa, gobernadores, diputados, matones a sueldo, víctimas propiciatorias de la mala política en el mal tiempo. En fin, desde su barrera (él diría su "Banqueta") vio desfilar el mundo desde dentro, dicho así, a la manera de Quevedo, de quien heredó la picardía y la hidalguía rampantes.

En las maravillosas cantinas mexicanos suplidas ya, en esta época de ripios renovadores, por bares, restaurantes de poco más o menos, merenderos para señoritas con antiparras, él, el Renato Leduc de todos los pecados de la ciudad modorrón, departía con ánimo de dejar constancia de sus conocimientos en torno a comidas, personajes, siempre personajes, sacados de los bolsillos del diablo al convertirse en políticos chanchulleros, malolientes pero moralizadores cuando la necesidad llamaba a rancho con su campanilla de San Pascual Bailón.

Ese Renato a quien todo el mundo detenía en la calle para preguntarle cualquier cosa, a quien muchos tocaban para verificar el aserto de si era o no de verdad, ha fallecido. Todos los telégrafos detuvieron sístole y el diástole de sus morses. Callaron para oír a Renato, el gran Renato Leduc, decir la última palabra gruesa, caliente como lingote de hierro al rojo vivo sobre pencas de maguey. Después continuaron su repique para informar al mundo que un hombre cargado de sueño había despertado a la celebridad en donde estuvo siempre colocado.

Y murió también, se me ha dicho en mi lecho de enfermo, el gran editor y librero Lautaro González Porcel, avencinado en México desde hace cerca de cincuenta años. Llegó de la Argentina después de permanecer los años de su mocedad en la Selva del Chaco junto a unos religiosos que desearon hacerlo, sin conseguirlo, una suerte de misionero. Vino con un facón al cinto, regalo decía, de Pedrito, su padre, un payador a quien el Presidente Justo encargaba discursos en largas tiradas iguales a las de Martín Fierro. “Mi padre no sabía leer”, decía: “pero cantaba lo que pensaba de una manera que ni Santos Vega ni Bartolomé Hidalgo pudieron ganarle”.

Empeñoso, pronto fundó periódicos, editoriales, pagó a precio de oro notas, artículos para su revista Suma Bibliográfica, en donde Miguel Ángel Asturias dejó su huella al igual que otros maestros de las letras hispanoamericanas. Pasado el tiempo enseñó a comer carne a la manera argentina a mucha gente. Gourmet de gran filo y lumbre, conocía dónde el bistrot era legítimo, dónde el vino sí era del Rin y dónde los caldos de Rioja sí respondían a los reclamos de los mejores y más cultivados catadores del orbe.

Ha fallecido dicen. Que lo hizo sin avisar a nadie como a escondidas, como después de leer a Rilke, a Tolstói quien, Como sabemos, eligió la oscura estación ferroviaria de un villorio perdido en la Rusia para rendir el espíritu, mientras sus parientes lo buscaban con ahínco sin hallarle.

Los escritores jóvenes, sobre todo, han de llorar mucho a Lautaro porque él se encargó de editarlos sin más limitación que pedirles el testimonio de su talento. Así, la pléyade que forma el movimiento o escuela, o grupo llamado infrarrealista, aparece en un libro de difícil consecución impreso por González Porcel en su editorial Extemporáneos.

Los principales científicos tuvieron relación con él. Creía en la imposibilidad de que la literatura perviviera en un mundo de sordos y maniáticos si se aparta de la ciencia. Y lo mismo decía de la ciencia, en ello se parecía al Charles Snow, autor de Las dos culturas, libro que sigue produciendo conmoción donde se lea.

En fin, de esto y más me entero en mi apartamento de enfermo, mediante pisadas producidas con mesura para no inquietar mi sueño, mientras las cortinas de la habitación se mueven con ondulaciones de mar en calma a efecto del soplo de favonio, es decir el viento que tanto le gustaba a Horacio el latino.

Estas noticias coladas entre medicina y medicina a la luz de una lamparilla más pupila ensoñada que ascua viva, no aterraban mi profesión de lector. A mi lado, en pila inteligente, libros y más libros, cartas y más cartas y desde luego recetas firmadas por doctores destinados por la vida a prolongarla, a hacerla testigo de la buena salud.

En estos instantes querido lector (apenas voy por la página ocho), una señorita vestida de blanco armada la diestra con una jeringa me pide ponerme en posición supina a fin de inyectarme una poción milagrosa, la que surtirá el efecto de hacerme dormir de inmediato.

Me la aplica.
Lanzo un ay sofocado.

Y pronto, a los pocos minutos, regreso a Madanle Bovary, a la duquesa de Sanseverina, a la Lozana Andaluza, con quienes, según lo ha dispuesto mi enfermedad, he iniciado un juego de cartas en el que yo, apenas tengo un as. ¿Acaso un corazón disecado? Bueno, lo anterior es una manera de decirte que por prescripción médica debo cortar aquí la presente. Y así lo hago. En próxima ocasión ya podremos lector amigo, tú y yo, seguir hablando de Borges, de Charles Snow, de Mario Bunge y de José Estrada, de quien me acaban de avisar su inesperado deceso. Vaya, vaya.

Hasta otra próxima con la pasión por la amistad que tú, lector dilecto, mueves en quien ama sobre todas las cosas la salud, tanto la ajena como la propia.

Tuyo.